

Si acaso allí el milano  
 La acecha amenazante, el limpio arroyo  
 Copia la negra sombra ; el golpe es vano :  
 Que el vuelo temerosa  
 Ella levanta, huyendo con premura.  
 ¡ Sé como esa paloma, tú, la hermosa !  
 ¡ Sé como esa paloma, tú, la pura !

Las páginas sagradas  
 Del libro del SEÑOR, serán la fuente,  
 Fuente eterna do siempre las miradas  
 Debes fijas tener; que en su corriente  
 Del cielo están las pompas reflejadas.

Allí, si el enemigo  
 De la virtud, acecha tu hermosura,  
 Verás en la onda clara  
 Copiarse de sus alas la negrura,  
 Y el golpe huirás que el nonstuo te prepara  
 El vuelo levantando con premura.  
 ¡ Sé como esa paloma, tú, la hermosa !  
 ¡ Sé como esa paloma, tú, la pura !

R. ESCOBAR ROA

## LUZ Y SOMBRAS

CUENTO PREMIADO EN EL CONCURSO ABIERTO EN LA CONGREGA-  
 CIÓN DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

*A mi querido Maestro el Sr. Dr. Rafael M. Carrasquilla*

### I

Un año hacía que Carlos estaba en Bogotá, cuando estalló la terrible y bárbara guerra, que por mucho tiempo asoló la Patria colombiana.

Carlos había visto la luz primera en el poético Valle del Cauca ; había venido á completar sus estudios de Lite-

ratura, para emprender después una carrera que le asegurara posición y nombre en la sociedad.

Esto fue siempre su sueño constante, y el de su madre, que no esquivó medio alguno, ni ahorró sacrificios, para dar á su hijo la más esmerada educación.

Era Carlos muchacho juicioso, de nobles sentimientos, buen hijo, agradecido á los sacrificios que por él hacía su madre, de quien era la única esperanza; por esto, cuando tuvo que dejar las aulas del Colegio, aun cuando ya era bachiller, se apoderó de su ánimo una tristeza profunda, mezclada á cierto vago temor, por lo que, más tarde, pudiera sobrevenirle. No se le escapaba que la guerra que empezaba á manera de voraz incendio, sería cruenta y larga, y temió por su madre, por sí mismo, y por su carrera.

Su primer pensamiento, después de que salió del Colegio, fue irse al lado de los suyos, pero, por una parte, el peligro que encerraba un viaje largo en esa época, y por otra, los gastos consiguientes, le impidieron hacerlo, pues apenas podía sostenerse escasamente en el Colegio con lo poco que podían enviarle de su casa. Así pues, resolvió quedarse en la capital, confiando en que de alguna manera podría vivir, sin ser costoso para su familia, bien fuera consiguiendo alguna colocación, ó especulando con la música; pues ha de saber el lector que nuestro personaje era artista, y de no escaso mérito; ejecutaba con bastante gusto y habilidad el violín, al cual se dedicó desde muy temprana edad; y este esquivo y maravilloso instrumento ya empezaba á pagarle con usura las horas de estudio que le había dedicado, porque Carlos tenía en él su mejor amigo, que así lo acompañaba en sus horas de tristeza, como en los momentos de placer; y no concebía dicha igual después de que estudiaba sus lecciones del Colegio, que coger su instrumento y ejecutar alguno de sus trozos favoritos; entonces el músico, al contacto mágico de su violín, se remontaba á otros mundos, cada nota era para él un recuerdo cariñoso, que ora le traía los perfumes de las selvas

de su tierra, el rumor acompasado de sus fuentes, ó ya imágenes sonrientes y cariñosas; palabras dulcísimas que oyera en tiempos más felices.....

## II

La situación de Carlos cuando salió del Colegio era apurada. Ante todo necesitaba trabajar para sostenerse; no era fácil que en la época en que estaba pudieran continuar auxiliándolo de su casa, y, además, aunque esto pudiera suceder, le parecía hasta un crimen el que su madre siguiera gastando en él lo que buena falta podría hacerle á ella, en una época en que la vida se estaba haciendo cada día más difícil.

—Yo debo trabajar, se decía, de cualquier modo que sea para sostenerme y también para ayudar á mi buena madre.

Pero ¿qué trabajo emprendería? Era enemigo de los puestos públicos, casi sentía repugnancia por ellos. ¿Meterse á hacer campaña, como tantos otros? Mucho menos; su carácter y su temperamento de artista no eran ciertamente para andar á balazos con nadie. Por otra parte, necesitaba una ocupación que no le quitara por completo todo su tiempo, porque él no perdía la esperanza de continuar estudiando apenas tuviera una ocasión propicia.

No vio partido mejor que entrar de lleno á especular con el arte.

—Es imposible, pensaba para sus adentros, que no consiga algunos discípulos; y de nó, tocaré en alguna orquesta ó en algún café, aunque esto me cueste mortificaciones y pesadumbres, pues sabido es que, aquí, á los que viven de las más nobles de las artes, aunque sean genios, toda la gente los mira con cierto desprecio, como á músicos vulgares. ¡Qué hacer!, esta es una preocupación infundada como se ven muchas entre nosotros.

Así pues, se anunció como maestro de música.

Redujo sus gastos lo más que pudo, y empezó á llevar una vida de recio trabajo diario.

A otro que no fuera Carlos, le habría entrado desesperación, por el género de vida que llevaba, que era á la verdad muy poco envidiable; pero á nuestro joven no podía pasarle esto; sufría, más que ninguno, pero su sufrimiento era noble y grande como su corazón. En sus privaciones, en sus amarguras, había cierto misterioso y plácido encanto, ajeno de las almas vulgares; sufría, sí, pero con aquella dulzura y elevada resignación que es propia de corazón como el suyo, para quienes es el dolor lo que el crisol para el oro!

Pasaba, entretanto, el tiempo, sin que á Carlos aconteciera nada nuevo, ni cosa alguna, que rompiera la monotonía de su vida.

De vez en cuándo recibía carta de su casa, en que, como en todas, su madre lamentaba cada vez más su separación, y le rogaba que no abandonara sus estudios, pues ella no podía ser feliz hasta que lo viera con el título de doctor, que toda madre desea para sus hijos como un segundo bautismo.

Las cartas de Carlos para su madre eran siempre llenas de promesas, y pintándole su situación muy distinta de como realmente era; nunca se le escapaba una sola palabra que revelara las amarguras que sufría por su situación, ni menos aún, le dejaba ver el desaliento que muy frecuentemente le invadía respecto á la coronación de sus estudios.

Carlos se había hecho un poco pesimista. A pesar de sus buenos deseos de otro tiempo para graduarse, y de saber que con ello llevaba la alegría al corazón de su adorada madre, sin embargo, en ocasiones, se sentía mortalmente desanimado.

Veía la dificultad con que tropieza todo el que, estando en su condición, pretende graduarse en esta tierra, donde no hay más cosa segura que la salida del sol. Tal vez su imaginación ardiente le ofuscaba un poco.

Por otra parte, la escasez de dinero, de ese gran factor de la felicidad, en la mayor parte de los casos lo abatía un poco; y así, cada día pensaba más en trabajar, y menos en completar sus estudios. A esto se agregaba que la época en que vivía era una de aquellas en que sólo se veían por todas partes uniformes militares, batallones, personas que ayer eran desconocidas completamente, y que entonces ocupaban magníficos puestos en el Gobierno; otros, que siempre habían llevado una vida miserable, y que ahora se pavoneaban pomposamente por las calles, con el fruto de unos pocos meses de campaña. Si se atiende, además, el modo de ser de Carlos, y á la edad que tenía, aquella edad en que todo debe sonreír á un joven, y en que la pobreza, sobre todo, parece que le fuera incompatible, se comprenderá fácilmente el desaliento en que se hallaba sumido.

Una tarde se encontraba sentado al pie de su mesa de estudio, en su reducida y pobre habitación, entregado á sus continuas cavilaciones, cuando vio entrar á un joven, de agradable apariencia, y casi de la misma edad que la suya.

Carlos se levantó á recibirlo, lo hizo entrar, y después de la fórmula acostumbrada, le rogó que le dijera á qué debía el honor de aquella visita.

—He sabido, respondió el desconocido, que usted es profesor de música, y vengo á manifestarle el deseo de que usted diera una clase de violín á una hermanita mía.

—Muy bien, señor, respondió Carlos. Aunque ahora no tengo mucho tiempo libre, sin embargo creo que unas dos veces por semana podría hacer la clase en casa de usted.

—Entonces, queda hecho el convenio, dijo el joven. ¿Cuándo quiere usted principiar?

—En la semana entrante, replicó el músico.

El desconocido entregó á Carlos la dirección de su casa, se despidió y salió.

Carlos quedó un poco pensativo, diríase que había previsto algo..... Un no sé qué de gusto y al mismo tiempo de recelo invadió su alma. Era la primera vez que iba á tener una discípula..... ¿Cómo sería ella? ¿Qué impresión le produciría? Ni remotamente podía saberlo; pero, con todo, su corazón impresionable, empezó á desear con vehemencia que se llegara el día de la primera clase.

### III

Llegó al fin. Carlos se arregló lo mejor que pudo, es decir, como para aparecer lo menos mal posible (como que su repertorio de fluses era casi nulo), pero en fin, mal que bien se vistió y se dirigió resueltamente á la casa de su futura discípula. No sin cierto estremecimiento y un poco de calofrío, dio en la puerta de la casa dos golpecitos, y aguardó.

No tardó en aparecer una señora de aspecto respetable á la vez que sencillo, en cuyo rostro se notaban todavía algunos vestigios de una grande hermosura.

—¿Es usted el Sr. Carlos Villegas, maestro de música?

—Servidor de usted, mi señora.

—Supongo que mi hijo arreglaría con usted todo lo relativo á la clase, en días pasados.

—Todo está convenido, repuso Carlos, y hoy vengo á empezar.

—Perfectamente, éntre usted y siéntese. Me han dicho que usted toca muy bien el violín, y espero que María adelantará muchísimo con tal maestro, dijo la dama con graciosa galantería.

—Haré todo lo que esté de mi parte, añadió Carlos un poco cortado.

—Tan lindo que es el violín, prosiguió la señora. Mi marido, que en paz descansa, sentía adoración por ese instrumento, y lo tocaba con maestría; por eso he querido que alguno de mis hijos aprenda, y ya que Rafael es una

nulidad para la música, que estudie María, que tiene muy buen oído y le gusta muchísimo.

Carlos iba á soltarse en alabanzas á la música y al violín, cuando apareció, por la puerta de la sala, una criaturita que bien merece el que la conozcan los lectores.

María tendría unos dieciséis años. Era de estatura mediana, ojos negros, llenos de gran viveza y animación, las mejillas de un color medio moreno, ligeramente sonrosadas; una boca como las que se admiran en las Vírgenes de Murillo, que dejaba ver al sonreírse dos hileras de blanquísimos dientes; su frente ancha y despejada revelaba inteligencia; sus cabellos, negros, caían sueltos sobre sus espaldas, formando suavísimas ondulaciones. Era el tipo de la hermosura y el candor.

Carlos quedó como extasiado. Pareció que al verla, se había olvidado hasta del sitio en que se hallaba; todo su sér estaba pendiente de aquella encantadora criatura. La contemplaba con la admiración y la dicha del que al fin encuentra algo que buscara ansioso por mucho tiempo.

Lo sacó de su abstracción la voz de la madre, que le dijo:

—Sr. Villegas, aquí tiene usted á la que va á ser su discípula.

Carlos le estrechó la mano con timidez, y se inclinó profundamente.

Después de esto, entraron á la sala, y se dio principio á la clase.

Nunca había empleado Carlos palabras más escogidas al hablar, nunca su voz tuvo un timbre más dulce, pero también más tembloroso, que en aquella ocasión, en que, en medio de su confusión y timidez, parecía como si quisiera transmitir de una vez á su discípula todo lo que en él había de artista. Sus ojos brillaban con apasionamiento, y, sin duda, se explicaban más claramente que sus labios.

La discípula, por su parte, se mostraba satisfecha con las explicaciones de su joven maestro.....

La hora pasó para Carlos, como un segundo. ¡Bien hubiera deseado que fuera interminable! Poco después salió de aquella casa, agitado de diversos sentimientos.

Se sentía orgulloso de su arte; orgulloso de tener semejante discípula; bendecía á su violín, que lo había puesto enfrente de una mujer á quien tal vez, en otras circunstancias, no se habría atrevido á mirar.

¡Pobre Carlos! Su alma apasionada y sencilla, ni siquiera se daba cuenta de lo que estaba haciendo!

Su corazón, ávido de sensaciones, se dejaba arrastrar por una pasión momentánea, como débil caña al soplo del huracán.

Cuando se encontró solo en su habitación, y ya re- puesto un tanto de sus emociones, comenzó á arrepentirse de haberse dejado arrastrar por un entusiasmo que á nada lo conduciría.

¿Qué es lo que he pensado?, se decía.

¿Un hombre que vive apenas de su trabajo diario, sin posición, sin ningún título, se imagina que una niña tan linda se fije en él?

Este tránsito á la realidad de las cosas lo puso triste, y pensó para sus adentros: “En la próxima clase me esforzaré por mostrar completa indiferencia; si es preciso no mirarla, no la miraré; yo no puedo ni debo aspirar á más que á ser su maestro de violín”; y desde entonces empezó una lucha terrible entre su razón inexperta y su corazón apasionado; y como sucede en semejantes casos á aquellas naturalezas impresionables, el triunfo de la razón y del análisis es momentáneo, mientras la imagen que los preocupa se aparta de ellas, pero una vez que vuelve, adiós raciocinios, propósitos, todo cede ante la ciega pasión. Esto acontecía á Carlos, y siempre acababa por desear que se llegara la próxima clase.

## IV

Los adelantos de María en el violín eran notables. Cada día sentía más cariño por el instrumento; bien que no poca parte tenía en su aplicación su joven maestro, porque María amaba también á Carlos; entre los dos no se había cruzado una palabra amorosa, y, sin embargo, cada uno adivinaba en los ojos del otro el amor que ambos trataban de ocultar. Entre ellos no se había necesitado de más que de aquella secreta, pero potente ley de la afinidad, que hace que dos seres se amen desde el momento en que ven que el uno es el complemento del otro: María tenía el mismo genio y entusiasmo para el arte de la música que Carlos.

Este se esforzaba cada día más por dirigir bien á su discípula; hasta en las visitas que hacía á su casa aprovechaba siempre alguna oportunidad para hacerle indicaciones; bien que esto lo hacía Carlos como en compensación de los momentos que perdían en la clase, cuando el violín les servía de pretexto para comunicarse sus sentimientos y hacerse mutuamente promesas de amor.

Un día, después de haber dado su lección, María preguntó á Carlos:

—¿No piensa usted seguir alguna carrera profesional fuera de la música?

Carlos por el momento no se imaginó á dónde iría á parar tan intempestiva pregunta; pero respondió con la mayor naturalidad:

—Sí, María, precisamente estaba pensando, desde algunos días, en entrar al Colegio del Rosario, que ya empezó de nuevo sus tareas.

—¿Y allí qué grado se puede optar? preguntó María.

—El de Doctor en Filosofía y Letras, que es la carrera que pienso seguir.

—Debe ser muy bonita esa carrera, añadió María, se me figura que han de aprenderse cosas muy interesantes y muy elevadas.

—Así es, dijo Carlos. Yo creo que no es una carrera muy práctica, estrictamente hablando, como se dice hoy, pero en cambio de allí sale un joven apto para todo, y con amplios horizontes á su vista; esa carrera tiene cierta aristocracia que no tienen otras, y, en fin, muchas otras ventajas.

—¡Ah! cuánto me gustaría verlo á usted graduado en esa carrera, agregó María, con un acento incomparable, al mismo tiempo que se ponía encendida como la grana.

Carlos no respondió, pero sus ojos, clavados en los de su amada, le dijeron muy claramente: “Puesto que tú también lo quieres, ángel mío, me graduaré!”

¿No habría prometido Carlos una cosa que tal vez no pudiera cumplir? La vida angustiosa que llevaba, de un trabajo continuo, le había hecho olvidar sus propósitos de estudiar, y casi tenía resolución de no graduarse, pues pensaba para sí: “¿Cómo es posible que viviendo yo de mi constante trabajo tenga tiempo para dedicarme á los libros? ¿Cómo conseguir aquella tranquilidad completa que necesita un estudiante, y que estoy muy lejos de lograr por el género de vida que llevo y por mi situación? Pero entonces se le venía á la mente la imagen de su madre que cifraba su felicidad en verlo graduado; y ¿cómo podría ser tan ingrato con ella, y no pagarle con esto algo de lo mucho que le debía? Y puesto que amaba á María con toda su alma y aspiraba á unir su suerte con la de ella, ¿no necesitaba poseer un título que poner á sus plantas?

Si no era rico por el dinero, era preciso que lo fuera por la instrucción. Más aún, la pregunta de María encerraba para él una promesa; no había que vacilar, y Carlos resolvió graduarse.

## V

Tomó matrícula en el renombrado Colegio que ya mencionamos, y empezó con ahinco sus estudios. Sin embargo, aunque deseaba ser siempre muy puntual en sus tareas, no todas las veces le era posible, por tener que atender á las ocupaciones de la profesión. ¡Cuántas veces pasaba casi toda la noche tocando violín en alguna tertulia, y al día siguiente, sin haber pegado los ojos, tomaba resignadamente el camino del Colegio!

Frecuentemente, después de una trasnochada de éstas, se quedaba dormido en la clase, de tal modo que tenían que despertarlo sus compañeros! Pero, con todo, él no desmayaba; conocía el mérito de lo que estaba haciendo, y de ahí sacaba fuerza para seguir adelante. Además, el recuerdo de su buena madre, y de su encantadora discípula eran su mejor y más poderoso sostén.

En cierta ocasión que salía Carlos del Colegio, se encontró con el Sr. Rector, quien lo llamó aparte para decirle: “Amigo mío, he sabido que usted está estudiando por su espontánea voluntad, y que al mismo tiempo trabaja para sostenerse; como veo que así no puede usted dedicarle al estudio todo el tiempo que necesita, me atrevo á hacerle una propuesta.”

—Hable usted, Sr. Rector, respondió Carlos, estoy pronto á escucharlo.

—¿Quiere usted venirse interno al Colegio? Yo le ofrezco una colocación que le permita atender á sus necesidades, y así puede usted estudiar más descansada y provechosamente.

Carlos no vaciló, comprendiendo las ventajas que de ello derivaría, y aceptó, después de haberle manifestado al Sr. Rector su agradecimiento profundo por el beneficio que le hacía.

Libre ya de todo cuidado, dejó las ocupaciones que antes tenía; eso sí, sacando dos horas en la semana para

hacer la clase á su María. No dejó de impresionarle á ésta, tanto como á Carlos, el cambio, porque así se verían con menos frecuencia; pero en cambio se consolaban, pensando en que esto podría influir en su felicidad.

Pasó Carlos dos años en el Colegio; ya se acercaba la época en que presentaría su primer examen preparatorio, cuando recibió una carta de su madre, anunciándole la muerte de un rico pariente que vivía en el Ecuador, y que los había dejado á ellos como herederos de su fortuna. A otro, que no fuera Carlos, habría llenado de inmenso júbilo esta noticia, aunque supiera que el tal pariente que tuvo el buen gusto de morir tan á tiempo, estaba ardiendo en los infiernos; pero el carácter de Carlos, más sensible al dolor que al placer, tuvo en cuenta más la desgracia de haber perdido un miembro de su familia, que el placer de encontrarse rico de un momento á otro.

Y, sin embargo, esto significaba para Carlos nada menos que un cambio total en su vida. Ya no sufriría las privaciones de antes; ya tenía asegurado su porvenir, ahora veía más seguro su enlace con María; y, sin duda, si no hubiera mediado esta última circunstancia, no habría causado en Carlos ninguna impresión el verse dueño de una fortuna. ¡Así son los artistas!

El primer examen preparatorio que presentó fue lucidísimo; en las tres materias en que fue examinado obtuvo la más alta calificación. Nueva causa de alegría para Carlos, que, día por día, iba coronando la cima de su ensueño. Pero antes era preciso que pasara por una prueba terrible que el pobre joven estaba muy lejos de sospechar.....

Serían las once de la noche, víspera del día en que le tocaba presentar su segundo preparatorio: Hacía dos horas, poco más ó menos, que Carlos estaba en el salón de estudio, sentado en su pupitre, y leyendo con la mayor atención. Sus mejillas encendidas demostraban claramente el calor producido por la luz, y, al mismo tiempo, el es-

fuerzo que hacía para no dejarse vencer del sueño. La noche estaba fría y lluviosa, un fuerte viento silbaba por entre las claraboyas y las rendijas de las puertas. De repente oyó un ruido, como de gritos, en el dormitorio vecino. Carlos se avalanzó hacia la puerta y salió; pero apenas había andado tres ó cuatro pasos en el corredor, cuando se detuvo bruscamente; se llevó las manos á los ojos, y se los frotó con fuerza, miró hacia el salón de donde acababa de salir, no vio nada, la oscuridad más completa lo rodeaba..... torna á refregarse los ojos, voltea en todas direcciones, mas para él todo era sombras..... Cuando se convenció de la terrible realidad, dio un tremendo grito y cayó desplomado!..... ¡El infeliz había quedado ciego!

Al grito que dio acudieron algunos estudiantes, y lo encontraron revolcándose como un desesperado y lanzando amargos sollozos.

—¡Ciego! ¡Ciego!, decía con voz entrecortada. Dios mío, ten compasión de mí; devuélveme la vista, porque yo me vuelvo loco!

Sus compañeros, apenas repuestos del susto que este acontecimiento les causó, trataban de consolarlo y de infundirle esperanza; pero el pobre Carlos no oía á nadie; daba vueltas, como un sonámbulo, en medio de todos; se llevaba las manos á la cabeza; invocaba á su madre, con la ternura más grande, lanzando torrentes de lágrimas.

Los estudiantes lo condujeron, casi por la fuerza, al dormitorio, vivamente conmovidos por tan grande desgracia.

A poco se presentó el Sr. Rector, quien ya estaba informado de lo que pasaba. Se llegó á Carlos, tomándolo de la mano, le dijo, como queriendo infundirle todo el valor, y la conformidad de su alma!

—Hijo mío, no hay que desesperarse; valor!

—Es que soy tan desgraciado, respondió el joven abrazándose al Rector, como buscando un refugio en él. Quedar ciego, y para siempre! ¡Ver destruídas de un golpe todas mis ilusiones, no ver nunca más á mi madre! ¡Tener que prescin-

dir de mi grado, que era mi única esperanza! Y mi María! ¡ah, tampoco la verán mis ojos! ¡Todo lo he perdido, no me queda nada!

El Rector, entre tanto, le dirigía palabra de consuelo:

—No es propio de un cristiano desesperar de esa manera, le decía; bendiga los designios de Dios, y confíe en su poder y en su misericordia! En cuanto al diploma que usted luchaba por alcanzar, yo le prometo que siempre podrá poseerlo. Usted ha andado casi todo el camino, y si no llegó al fin, la culpa no es suya. Por ahora tranquilícese, y adquiera resignación.

#### EPÍLOGO

Ha transcurrido un año después de la escena que acabamos de narrar.

Si alguien, á la caída de la tarde, pasa por enfrente de una pintoresca casita de la calle de \*\*\*, de seguro alcanza á oír el eco de una música indefinible, nueva, dulcísima. Es un tierno coloquio entre dos instrumentos; parecen pulsados por una sola mano... Es como arrullos de palomas, que cantan al unísono.....

Adentro, en la sala de la casita, se presenta un cuadro encantador: una joven hermosísima se halla al lado del piano, y en ese momento sus delicados dedos acarician el cuello de un violín. Sentado al piano un joven, con la mirada vaga y triste del que no ve, recorre con mano segura las teclas del instrumento. En el semblante de la pareja se dibuja la felicidad más completa. Encima del piano, y en un lujoso marco dorado, está colocado un diploma de Doctor en Filosofía y Letras.

JOSÉ MARÍA PRADO,

Colegial, Bachiller en Filosofía y Letras